

Ballet Americano:

TRIUNFO DE BALANCHINE

El segundo programa del Ballet de San Francisco se justificó artísticamente por la reposición del "Concierto barroco" cuya coreografía estableciera George Balanchine sobre el concierto para dos violines en Re menor de Bach. Es el modelo, no sólo del ballet abstracto moderno, sino de la invención original de Balanchine, y al reponerlo el Ballet de San Francisco y su director Lew Christensen reconocen la enorme deuda que tienen con el maestro del ballet americano actual.

El ballet es tratado de un punto de vista casi exclusivamente musical, con un cuerpo de baile que sigue la modulación orquestal y dos solistas, que son los dos violines, apenas si apoyados en un discreto partenaire masculino. La exactitud cronométrica, la frialdad expositiva de Balanchine tienen aquí amplio campo: Bach, en sus manos, evoca un perfecto aparato de relojería, de un reloj astronómico, no hay duda, pero reloj al fin. Pero también tiene amplio campo la invención asimétrica y disonante de este singular coreógrafo, mediante la composición de figuras desiguales, los enfrentamientos por parejas y por triadas, todo dentro de ese clima ligeramente forzado, ligeramente turbio, que distingue su obra. Había en Balanchine una nostalgia personal del espíritu del barroco, con su juego de arabesco rebuscado, con su ruptura de los órdenes austeros del clasicismo, pero no hubo nunca en él auténtica pasión vital, desborde ardiente como lo hay en el barroco. Por eso este Concierto tiene mucho de arquitectura exterior; es muy intelectual, muy pensado y medido a compás, pero carece de calor, y reniega de algo que está en Bach, a saber, su afán de canto.

Es muy superficial el decorado de Bermaw y excesivamente recargados y sin buen gusto los trajes de Pasquinnucci. Virginia Johnson y Fiona Fuerstner, se revelaron como dos de las más afiladas figuras del conjunto, en particular con motivo del juego contrapuntístico que realizan. Pero es ponderable asimismo el ballet entero por la exactitud y limpieza con que expuso el concierto, que exige mucho de esas cualidades para que se logre su plenitud estética.

El resto del programa fue en descenso, y si debiéramos juzgar por él la labor de Christensen no hubiéramos podido repetir los elogios que formulamos con motivo del "Balletino" sobre Vivaldi del primer programa. En aquel "Balletino" la influencia de Balanchine es aún muy próxima, pero hay igualmente y lo dijimos, una aportación original de Christensen, una invención fresca, ingenua a veces, y siempre armoniosa. En cambio en los dos ballets que vimos ayer, "La dama de Shalott" y "Cascanueces" encontramos ingenio, esporádica invención, pero demasiadas concesiones a un público dominguero.

La selección de la suite del "Cascanueces" de Tchaikovsky es una serie de divertimentos destinados a un espectáculo infantil, sin que esto signifique excusar ciertas puerilidades, ya que está muy fresco en nosotros, lo que en esa zona hizo Úthof para el Ballet Chileno con su "Milagro en la Alameda". Hay aquí números como la "Danza de los españoles" y la "Desaparición del enano turco" que más aluden a un espectáculo de music hall que a la labor artística de un ballet de calidad.

Otro es el caso de "La dama de Shalott", ejemplo de ballet con argumento, que apela al mundo mágico de las leyendas nórdicas y los personajes de la Tabla Redonda. Aquí hay hermosas ideas y planteamientos originales que hubieran complacido a aquel asesor de los ballets rusos llamado Jean Cocteau como la danza del reflejo, el salto a la muerte a través del espejo, la creación de los personajes nocturnos que rodean y aprisionan a la dama de Shalott. Pero el desarrollo argumental es confuso, los dos planos en que ocurre la acción no están bien delimitados, las necesidades explicativas significan excesivas pausas en el ballet mismo, y hay agregados circunstanciales que no concurren a la realización unitaria de la acción (el ultraje al paje del Caballero Rojo, los saltimbanquis, etc.) Donde Christensen se mueve con más soltura es en la coreografía ligera de las danzas populares, en los juegos rítmicos, pero desaprovecha el rico material que tiene entre las manos, como en el caso del doble "pas de deux" de la Dama, el Caballero Rojo y las dos sombras correspondientes, o como en el último entre la Dama y Lancelot donde el desencuentro no está subrayado por la coreografía.

Los trajes tienen parciales aciertos pero no se combinan en su totalidad, y la música de Arthur Bliss es apenas servicial del libreto.

El conjunto se aplicó con honestidad a la tarea; Jocelyn Vollmar cumplió con esmero su protagonista, así como Danielian en el Caballero Rojo y Carter en su Lancelot. La actuación de Suki Schorer tuvo un particular encanto haciendo de paje y hubo efectos de conjunto, como el cortejo, o la danza de los habitantes de la villa, muy entonados de color y de ritmo.